

Septiembre 15 de 1948

49ª REUNION — 42ª SESION ORDINARIA

Presidencia del doctor JUAN HORTENSIO QUIJANO, vicepresidente de la Nación, y del contraalmirante (R.) ALBERTO TEISAIRE, presidente provisional del Honorable Senado

Secretarios: señores ALBERTO H. REALES y SANTIAGO A. JOB

SENADORES PRESENTES:

AMELOTTI, Osvaldo
ARRIETA, Alfredo J. L.
AVENDANO, Arcadio B.
BASALDUA, Juan Carlos
BAVIO, Ernesto F.
BUSQUET, Alfredo
CRUZ, Luis
DURAND, Alberto
FIGUEIRAS, Demetrio
GÓMEZ DEL JUNCO, Felipe
GÓMEZ HENRIQUEZ, Samuel
HERRERA, Julio
LAZARO, Juan Fernando de
LORENZÓN, Ricardo Octavio
LUCO, Francisco R.
MARTÍNEZ, Ramón Linidor
RAMELLA, Pablo A.
SAADI, Vicente Leonides
SOSA LOYOLA, Gilberto
TANCO, Miguel A.
TASCHERET, Oscar
TEISAIRE, Alberto
VALLEJO, César
ZERDA, Justiniano de la

AUSENTES, EN MISIÓN ESPECIAL:

ANTILLE, Armando G.
MATHUS HOYOS, Alejandro
MOLINARI, Diego Luis
SOLER, Lorenzo (h.)

SUMARIO

1.—Asuntos entrados:

I.—Mensaje del Poder Ejecutivo en el que se solicitan acuerdos.

II.—Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo por el que se aprueba la Convención sobre Propiedad Literaria y Artística, suscrita en la IV Conferencia Internacional Americana, celebrada en Buenos Aires, el 11 de agosto de 1910.

III.—Comunicaciones de la Presidencia del Honorable Senado.

IV.—Comunicación de senador.

V.—Comunicaciones particulares.

VI.—Despachos de comisiones.

2.—Proyecto de ley de los senadores Herrera y Saadi por el que se acuerda un subsidio al Círculo de Damas Catamarqueñas de la Confederación Nacional de Beneficencia de la Capital Federal.

3.—Proyecto de ley de los senadores Tascheret y Ramella sobre subsidios a las bibliotecas de la provincia de San Juan.

4.—Proyecto de ley de los senadores Tascheret y Ramella sobre subsidios para los hospitales y salas de primeros auxilios de la provincia de San Juan.

5.—Proyecto de ley de los senadores Tascheret y Ramella sobre subsidios para instituciones de

- acción social, de beneficencia, de enseñanza y clubes de la provincia de San Juan.
- 6.—Proyecto de ley del senador Basaldúa, por el que se acuerda pensión a la señora María Cornella Grané Seguí de Garbino Guerra.
 - 7.—Proyecto de ley del senador Tascheret sobre prórroga y aumento de la pensión de la señora Antonia R. de Ramírez y su hija.
 - 8.—Proyecto de ley de los senadores Avendaño y de la Zerda, por el que se autoriza al Poder Ejecutivo a invertir hasta \$ 100.000 para dotar de aguas corrientes a Villa Elena, Santiago del Estero.
 - 9.—Proyecto de ley del senador Luco sobre creación de un internado anexo a las Escuelas Primarias Rurales.
 - 10.—Proyecto de ley del senador Luco sobre creación de colonias de vacaciones para el personal docente y directivo de la enseñanza primaria.
 - 11.—Proyecto de ley del senador Gómez del Junco y otros senadores sobre ejecución de obras de nuevos polígonos de tiro y reparaciones de los que se encuentran clausurados.
 - 12.—Proyecto de ley del senador Gómez del Junco y otros senadores sobre construcción e instalación de 17 polígonos de tiro reducido.
 - 13.—Proyecto de ley del senador Busquet, que declara de utilidad pública el inmueble que ocupa la Escuela Nacional Profesional de Mujeres, de Bolívar, Buenos Aires.
 - 14.—Proyecto de ley del senador Busquet, que acuerda subsidio a la Escuela Nacional Profesional de Mujeres, de Bolívar, Buenos Aires.
 - 15.—Proyecto de ley del senador de Lázaro sobre modificación al artículo 4º de la ley 12.933, de pensión mínima para los deudos de militares de las fuerzas armadas de la Nación.
 - 16.—Proyecto de ley del senador Busquet y otros senadores, por el que se acuerda pensión a la señorita Mercedes Ferré.
 - 17.—Proyecto de ley del senador Martínez y otros senadores por el que se acuerda un subsidio anual a la cátedra de cirugía dentomaxilar de la Facultad de Odontología de la Universidad de Buenos Aires.
 - 18.—Proyecto de ley del senador Busquet y otros senadores por el que se encomienda la publicación de las obras completas de José Manuel Estrada a la Comisión Administradora de la Biblioteca del Congreso.
 - 19.—Proyecto de ley del senador Avendaño y otros senadores por el que se modifica la ley 11.658, de validez nacional, y su complementaria 12.625.
 - 20.—Proyecto de ley de los senadores Avendaño y Cruz por el que se acuerda pensión al señor Pedro Antonio Isidoro Tofanelli.
 - 21.—Proyecto de ley de los senadores Avendaño y Cruz por el que se acuerda pensión al señor Juan Francisco Tofanelli.
 - 22.—Proyecto de ley del senador Figueiras por el que se acuerda un subsidio a las Hermanas Misioneras Siervas del Espíritu Santo - Aspirantado de Santa Catalina, de Esperanza, Santa Fe.
 - 23.—Proyecto de ley del senador Martínez y otros senadores, que acuerda subsidio a la Asociación de Médicos Municipales, de la Capital Federal, para adquisición y construcción de su sede social.
 - 24.—Proyecto de ley del senador Saadi y otros senadores sobre incorporación a la Secretaría de Salud Pública de varios establecimientos de Catamarca y otras provincias y territorios nacionales subvencionados por el gobierno federal.
 - 25.—Mociones.
 - 26.—Consideración de despachos de la Comisión de Peticiones y Poderes en proyectos de ley y solicitudes de pensión presentadas por particulares. Se aprueban.
 - 27.—Consideración del despacho de la Comisión de Peticiones y Poderes en el mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo sobre prórroga de pensiones graciables. Se aprueba.
 - 28.—Consideración del despacho de la Comisión de Previsión Social en el proyecto de ley, venido en revisión, por el que se acuerda pensión a los ex miembros de los tres poderes del gobierno federal. Se aprueba con modificaciones.
 - 29.—Consideración del despacho de la Comisión de Legislación General en el proyecto de ley, venido en revisión, sobre adopción de menores. Se aprueba y queda convertido en ley.
 - 30.—Consideración del despacho de las comisiones de Obras Públicas y de Presupuesto, Hacienda y Finanzas en el proyecto de ley de los senadores Tanco y Avendaño, sobre obras básicas en la ruta 34 (tramo río Sora-río de las Piedras). Se aprueba.
 - 31.—Consideración del despacho de las comisiones de Instrucción Pública y de Presupuesto, Hacienda y Finanzas en el proyecto de ley del senador Sosa Loyola, sobre creación del Instituto Nacional de Investigaciones Físicas y Químicas. Se aprueba.

32.—Consideración, del despacho de la Comisión de Presupuesto, Hacienda y Finanzas en el proyecto de ley, venido en revisión, sobre equiparación de sueldos de los apoderados del Consejo Nacional de Educación. Se aprueba y queda convertido en ley.

33.—Manifestaciones.

34.—Apéndice:

I.—Sanciones del Honorable Senado.

II.—Comunicaciones al Poder Ejecutivo.

III.—Inserciones.

—En Buenos Aires, a los quince días del mes de septiembre de 1948, siendo las 16 y 20, dice el

Sr. Presidente. — Queda abierta la sesión con la presencia de 16 señores senadores.

I

ASUNTOS ENTRADOS

Sr. Presidente. — Se va a dar cuenta de los asuntos entrados.

I

Mensaje del Poder Ejecutivo en el que se solicitan acuerdos. (A la Comisión de Acuerdos.)

II

Al Honorable Congreso de la Nación.

El Poder Ejecutivo tiene el honor de someter a vuestra honorabilidad el proyecto de ley mediante el cual se aprueba la Convención Internacional Americana sobre propiedad literaria y artística, suscrita en esta ciudad de Buenos Aires, el 11 de agosto de 1910, entre los gobiernos de las repúblicas: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Dominicana, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay, El Salvador, Estados Unidos de América, Estados Unidos Mejicanos y Estados Unidos de Venezuela.

El dominio de todo lo referente a la cultura es materia preponderante dentro de la actividad de este Poder Ejecutivo, y una de las maneras más eficaces de favorecer el desarrollo de las obras del espíritu es asegurar, de consuno, la eficiente protección internacional de los derechos de la propiedad intelectual o de los derechos de autor o derechos intelectuales, como también los llama la doctrina. A ello tendía precisamente, la convención que se celebró en Buenos Aires, calificada por la opinión de los tratadistas como una de las más relevantes en su especial contenido jurídico.

Ni el hecho de que es deber de gobierno amparar a sus trabajadores intelectuales con las medidas de

legislación interna y por tratados en lo internacional que protejan sus legítimos derechos, ni la circunstancia honrosa de haber sido elegida la capital de nuestra República como sede de la IV Conferencia Internacional Americana, donde se debatió y se suscribió el convenio cuya ratificación solicita este Poder Ejecutivo a vuestra honorabilidad, han sido suficientes para aventar la desidia de gobiernos anteriores que durante más de 30 años permitieron que tan precioso instrumento internacional permaneciera sin la consiguiente sanción legislativa. Toca, pues, a vuestra honorabilidad subsanar tan inexplicable mora.

Dios guarde a vuestra honorabilidad.

JUAN PERÓN.

Juan Atilio Bramuglia. — Fidel L. Anadón

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — Apruébase la convención sobre propiedad literaria y artística suscrita en la IV Conferencia Internacional Americana, celebrada en Buenos Aires, el 11 de agosto de 1910, entre los gobiernos de las repúblicas de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Dominicana, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay, El Salvador, Estados Unidos de América, Estados Unidos Mejicanos y Estados Unidos de Venezuela.

Art. 2º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Juan Atilio Bramuglia. — Fidel L. Anadón.

EXPOSICION DE MOTIVOS

Es de todo punto de vista conveniente ratificar la convención de Buenos Aires, de 1910, que establece un régimen interamericano de los derechos intelectuales. Para una mejor comprensión del tema es preciso esbozar, en rápida síntesis, el estado actual (desde el punto de vista de la legislación positiva interna americana, y aun desde el punto de vista de las convenciones) de este interesante campo de lo jurídico, que tanto se relaciona con la moderna evolución de los llamados derechos de la persona, en contraposición de los «derechos personales», de las teorías clásicas.

1º Necesidad internacional. — Es obvia la necesidad de un régimen internacional en la materia. Las obras del espíritu son las que más fácilmente traspasan las fronteras, y la protección del derecho de los autores no debe concluir con los límites de su propio país. Dos son los sistemas que se disputan la preeminencia internacional para establecer tal protección: a) el que establece el cumplimiento de ciertos requisitos previos (registro o depósito de obras); b) el que propugna que se otorgue tal protección a toda persona que aparezca como autor de una obra de ingenio, sin supeditar el goce de sus derechos como creador a formalidad alguna.

Como quiera que en América se ha seguido el primer sistema —tal vez como legado de la legislación hispana (los «privilegios» que se otorgaban a un autor para la publicación de su obra)—, debemos inferir que este criterio es normativo para la consideración del problema en el campo del derecho americano.

y el artículo 11 pase a ocupar el lugar del 12, porque es menester establecer primero la obligación del beneficiario de solicitar permiso al Poder Ejecutivo para ausentarse del país, y luego, la omisión de formular el pedido que da lugar a la extensión del beneficio.

Asimismo, al final del artículo 12, que pasaría a ser 10, donde dice: «...previstas en el artículo 10», debe decir «...previstas en el artículo 11», de acuerdo con el nuevo ordenamiento que propongo.

Sr. Presidente. — Está en consideración el ordenamiento propuesto por el señor senador por Tucumán. Si no se hace uso de la palabra, se va a votar.

—Se vota y resulta afirmativa.

—Sin observación, se leen y aprueban los restantes artículos del despacho.

Sr. Presidente. — Queda aprobado.

29

ADOPCION DE MENORES

—Se lee:

Despacho de comisión

Honorable Senado:

Vuestra Comisión de Legislación General ha considerado el proyecto de ley venido en revisión sobre adopción de menores; el mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo, sobre adopción de menores huérfanos o abandonados, el proyecto de ley del señor senador Pablo A. Ramella, sobre adopción, y el proyecto de ley del señor senador Felipe Gómez del Junco y otros señores senadores, sobre adopción; y, por las razones que dará su miembro informante, os aconseja la aprobación del proyecto de ley venido en revisión.

Sala de la comisión, 19 de septiembre de 1948.

Armando G. Antille. — Pablo A. Ramella. — Osvaldo Amelotti. — Gilberto Sosa Loyola.

Sanción de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación

(24 de junio de 1948)

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — La adopción crea un vínculo legal de familia.

Art. 2º — Cualquier menor hasta los dieciocho años puede ser adoptado, por resolución judicial, a instancia del adoptante.

Art. 3º — El adoptante debe ser, por lo menos, dieciocho años mayor que el adoptado. Nadie puede ser adoptado por más de una persona, salvo que los adoptantes sean cónyuges. No se exige esta condición cuando el cónyuge sobreviviente adopta al hijo adoptado de su esposo o esposa.

Art. 4º — No podrá adoptarse más de un menor de cada sexo por persona o matrimonio. Se exceptúan:

- a) Si las adopciones se efectuaran todas en el mismo acto;
- b) Si el nuevo adoptado es hermano de alguno de los menores ya adoptados o hijo ilegítimo del adoptante nacido posteriormente a la primera adopción.

Art. 5º — No podrán adoptar:

- a) Quien tenga descendientes legítimos concebidos o nacidos, salvo que estos últimos se encontraran ausentes con presunción de fallecimiento;
- b) Quien tenga hijos naturales reconocidos, salvo que estuviesen ausentes con presunción de fallecimiento;
- c) Quien no haya cumplido cuarenta años, salvo los cónyuges que tengan más de ocho años de casados;
- d) Un hermano a otro.

Art. 6º — El adoptante probará haber atendido al menor durante dos años anteriores al momento de la demanda, con los cuidados de un padre. Esta prueba no se requiere cuando se adopta el hijo propio o el hijo del cónyuge.

Art. 7º — El tutor sólo podrá adoptar al pupilo después de aprobadas sus cuentas y pagado el saldo.

Art. 8º — Ninguna persona casada podrá adoptar sin el consentimiento de su cónyuge, expresado judicialmente. El consentimiento no es necesario:

- a) Cuando media divorcio declarado por juez competente;
- b) Cuando se encuentren separados de hecho sin voluntad de unirse;
- c) Cuando el cónyuge ha sido declarado insano;
- d) Cuando el cónyuge ha sido declarado ausente con presunción de fallecimiento.

Art. 9º — Se aplicarán al juicio de adopción las siguientes reglas:

- a) La demanda debe interponerse ante el juez del domicilio del adoptante;
- b) Son parte en el juicio: el adoptante, el padre o madre del menor si no hubiesen perdido la patria potestad; el Ministerio de Menores; en su caso, el representante legal del menor;

- c) El juez oír personalmente al adoptado, si fuera mayor de diez años, y podrá oír a otras personas interesadas en la adopción;
- d) El adoptante acreditará cualidades morales y medios de vida suficientes, a juicio del juez;
- e) El juez apreciará si la adopción es conveniente para el menor.

Art. 10. — Los efectos de la adopción se producen desde la fecha de la sentencia.

Art. 11. — La adopción puede ser declarada después de la muerte del adoptante, si el fallecimiento ocurriera después de interpuesta la demanda. En este caso, los efectos de la sentencia se retrotraen a la fecha del fallecimiento del adoptante.

Art. 12. — El parentesco que crea la adopción se limitará al adoptante y al adoptado, quien será considerado como hijo legítimo. El adoptado no adquiere vínculo familiar con los parientes del adoptante, ni derechos sucesorios por representación.

Art. 13. — La adopción impone al adoptado el apellido del adoptante, sin perjuicio de que agregue el suyo propio.

Art. 14. — Los derechos y deberes que resulten del parentesco de sangre del adoptado no quedan extinguidos por la adopción, excepto los de la patria potestad que se transfieren al padre adoptivo.

Art. 15. — El adoptante administra, pero no tiene el usufructo de los bienes del adoptado. El cónyuge adoptante sobreviviente tiene el usufructo de los bienes que el adoptado adquiriera en la sucesión del cónyuge adoptante premuerto.

Art. 16. — El adoptante no hereda abintestato al adoptado. Los descendientes legítimos del adoptado tienen derecho de representación en la sucesión del adoptante.

Art. 17. — No pueden contraer matrimonio:

- a) El adoptante con el adoptado o alguno de sus descendientes;
- b) El adoptado con el cónyuge del adoptante ni el adoptante con el cónyuge del adoptado;
- c) Los hijos adoptivos del mismo adoptante entre sí;
- d) El adoptado con un hijo del adoptante.

Art. 18. — Es revocable la adopción:

- a) Por haber incurrido el adoptado o el adoptante en indignidad en los supuestos previstos por el Código Civil para impedir la sucesión; y también por haberse negado alimentos sin causa justificada;
- b) Por acuerdo de partes manifestado judicialmente, cuando el adoptado fuere mayor de edad;

- c) En virtud de impugnación justificada deducida por el adoptado dentro del término de un año siguiente a su mayoría.

Art. 19. — La revocación produce efectos desde su declaración judicial.

Art. 20. — Sin perjuicio de las nulidades que resulten de las disposiciones comunes del Código Civil, se aplicarán las siguientes reglas especiales:

- 1º Adolecerá de nulidad absoluta la adopción obtenida en violación de los preceptos relativos:

- a) A los requisitos formales exigidos por esta ley al acto constitutivo;
- b) A la edad del adoptado;
- c) A la diferencia de edad entre adoptante y adoptado.

- 2º Adolecerá de nulidad relativa la adopción obtenida en violación de los preceptos relativos:

- a) A la exigencia de que no exista descendencia del adoptante;
- b) A la edad mínima del adoptante;
- c) A la ausencia o vicios del consentimiento.

Art. 21. — La adopción, su revocación o nulidad deben inscribirse en el Registro de Estado Civil.

Art. 22. — Hasta tres años de promulgada esta ley se podrá solicitar la adopción de personas, prescindiendo de la exigencia establecida en el artículo 2º, si el requisito del artículo 6º se ha comenzado a cumplir antes de la sanción de esta ley. En estos casos, si el adoptado fuera casado, se requerirá el consentimiento de su cónyuge.

Art. 23. — Las disposiciones de la presente ley quedan incorporadas al Código Civil.

Art. 24. — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Sr. Presidente. — En consideración.

Sr. Ramella. — Pido la palabra.

En ausencia del señor presidente de la Comisión de Legislación General he sido encomendado por la misma para informar este despacho.

En otra ocasión he manifestado, señor presidente, que en una democracia las leyes que se dictan son el resultado, a veces, de verdaderas transacciones, usando esta palabra en un amplio sentido. Quiere decir que no siempre es posible hacer triunfar cuando se dicta una ley el propio punto de vista absolutamente.

Es en virtud de estas razones que la comisión ha aceptado el proyecto venido en revisión de la Honorable Cámara de Diputados, porque considera que en substancia contiene las ideas

fundamentales sobre la adopción, coincidentes con el proyecto presentado por mi estimado colega el señor senador Gómez del Junco, con el proyecto presentado por el que habla y con el despacho primitivo de la Comisión de Legislación General.

Habría algunos puntos observables, desde luego, en la sanción de la Cámara de Diputados, pero hay que reconocer que en materia de adopción las posibilidades de legislar son infinitas y es necesario, entonces, ponerse de acuerdo sobre algunos principios fundamentales. De este modo, el país tendrá la reclamada ley de adopción.

El doctor Vélez Sársfield cuando proyectó ese monumento de las ciencias jurídicas, que es nuestro Código Civil, en la nota dirigida al ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, el 21 de junio de 1865, daba las razones por las cuales no incluía entre las instituciones que legislaba el código, la de la adopción. Y decía textualmente: «He dejado también el título De la Adopción. Cuando de esta materia se ocuparon los juristas franceses al formar el Código de Napoleón, reconocieron, como se ve, en sus discursos, que trataban de hacer renacer una institución olvidada en la Europa y que recién había hecho reaparecer el Código de Federico II. Cuando ella había existido en Roma, era porque las costumbres, la religión y las leyes la hacían casi indispensable, pues el heredero suyo era de toda necesidad aun para el entierro y funerales del difunto. Pero el Código Romano era perfectamente lógico en sus leyes. Estas, por la adopción, hacían nacer una verdadera paternidad y una verdadera filiación. Sucedió una mutación completa en la familia. El adoptado o abrogado salía de su familia, adquiría en la del adoptante todos los derechos de la agnación, es decir, sucedía no sólo al padre adoptante sino a los parientes de éste.

«Los legisladores prusianos y franceses advirtieron que no era posible ni conveniente introducir en una familia y en todos sus grados un individuo que la naturaleza no había colocado en ella, y se redujeron a crear una cuasi paternidad que, desde su principio hizo prever las más graves cuestiones. El adoptado, donde es admitida la adopción, no sale de su familia, queda sujeto siempre a la potestad de sus padres: no tiene parientes en la familia del adoptante y aun es excluido de la sucesión de éste si llega a tener hijos legítimos. La adopción así está reducida a un vínculo personal entre el adoptante y el hijo adoptivo, institución que carece hasta de las tradiciones de la ciencia. Desde que por nuestras leyes le está abierto a la beneficencia el más vasto campo, ¿qué necesidad hay de una ilusión, que nada de real agrega a la facultad que cada hombre tiene de disponer de sus bienes?

«El conde de Portalis, en su introducción al código Sardo, dice: «Que a la época de la formación del código francés, la adopción entraba en las miras de Napoleón y se le hizo lugar el código civil como una de las bases de su estatuto de familia. Mas ella fué rodeada de tantas restricciones y sometida a condiciones tan difíciles de llenar, que fué fácil prever que recibida con desconfianza, no se naturalizaría sino con mucho trabajo. La experiencia ha justificado las previsiones de los autores del código, pues nada es más raro que una adopción.

«Tampoco está en nuestras costumbres ni le exige ningún bien social ni los particulares se han servido de ella sino en casos muy singulares.

No hay duda de que las condiciones del país han cambiado desde la época de Vélez Sársfield. Hay que tener en cuenta que Vélez se refería al Código de Napoleón, que establecía la adopción de una manera realmente singular. Se consignaba exclusivamente para los mayores y tenía por finalidad casi única la de constituir heredero al adoptado. Pero hay un hecho real y positivo en nuestro país: hay muchos niños que están bajo la guarda de familias y que no tienen ningún vínculo jurídico con sus guardadores.

Al seno de la comisión han llegado numerosas expresiones de adhesión al proyecto de la adopción y creemos sinceramente que éste responde en el momento actual a una necesidad social.

En el proyecto de ley de adopción se establece la patria potestad del adoptante con respecto al adoptado. Se constituye así, como lo dice el artículo 19 del proyecto, un verdadero vínculo de familia, pero esta nueva patria potestad que se crea no destruye el vínculo natural del adoptado con sus padres naturales, quienes conservan en cierta medida sus obligaciones de padres.

Se han estudiado distintos puntos con respecto a esta institución. Algunos códigos, como los de Brasil, Uruguay y Chile, establecían cualquier edad en el adoptado, y algunos hasta han establecido que el adoptado tuviera que ser mayor. Es claro que la finalidad de la adopción puede ser distinta; unos la consideran como un medio de proteger a los menores huérfanos y abandonados; otros consideran que la adopción es un medio de substituir el instinto paternal o maternal; pero cualquiera de las dos finalidades que se atribuyan a la adopción, no hay duda que parece ilógico admitir la adopción de los mayores, y aun la tendencia más moderna se inclina a limitar la edad de la persona adoptada, como lo hace el proyecto, hasta los 18 años de edad, es decir, que aun los menores que tengan más de 18 años no pueden ser adoptados.

Otro aspecto que se ha discutido es la necesidad del consentimiento de los padres del menor para acordar la adopción. En general, los autores admiten que este consentimiento es necesario, y si bien el proyecto no lo establece expresamente debe tenerse presente que es porque para acordar la adopción exige la tenencia previa en poder de los guardadores, y esta tenencia se considera como un consentimiento tácito de los padres, en el sentido de aceptar que otra persona se haga cargo de su propio hijo. Aparte de eso, el proyecto da intervención a los padres del menor en el juicio de adopción, y en último término ha de ser el juez el que decida sobre la conveniencia de la misma.

Otro punto que ha sido materia de discusiones es el estado civil del adoptado. En Francia y aun en el proyecto de Código Civil Argentino de 1936, se admitía la adopción de las personas casadas, con lo que en mi concepto se desnaturaliza completamente esta institución, porque la persona casada ya tiene, podría decirse, su protección en el propio esposo o en la propia esposa, de manera que no se concibe que se haya establecido esta autorización en algunos códigos. El proyecto no pareciera que estableciera una prohibición absoluta de adoptar a personas casadas, pero surge claramente de la institución propia de la adopción y de la condición que en nuestro país tienen las personas casadas. Al permitirse la adopción solamente de menores, es lógico que no se admita la de una persona casada que, para nuestro Código Civil, estrictamente dejaría de ser menor. Aparte de eso, el artículo 22 al establecer las normas transitorias admite la posibilidad de que en estos casos se adopte a personas ya casadas, para contemplar situaciones creadas con anterioridad a la vigencia de la ley, por lo que debe decirse entonces, que del contexto general de la ley, se desprende que no será posible en lo sucesivo adoptar a personas casadas.

Otra cuestión ha suscitado algunas polémicas y es la que se refiere a la posibilidad de adoptar a los propios hijos ilegítimos. De primera intención parece absurdo que el propio padre pueda adoptar a su hijo, porque se debe considerar que el vínculo natural ya es suficiente para que se proteja al menor, pero la tendencia actual, es que se permita la adopción del hijo ilegítimo por el propio padre; en primer lugar, para darle el carácter de hijo legítimo. Considero que en general esto no puede acarrear ningún inconveniente, sobre todo cuando se tratara de hijos adulterinos que pudieran por esta vía introducirse en la familia legítima porque no sería concebible, de acuerdo con las otras disposiciones de la ley, la adopción de un hijo legítimo cuando ya la persona que adopta tiene otros hijos, de manera que no podría por este medio ponerse al lado del hijo verda-

deramente legítimo, como hijo legítimo, por vía de adopción, a otra persona.

En Roma era permitida la adopción del hijo ilegítimo, pero Justiniano la prohibió. Algunos códigos, como el del Uruguay, Italia y Venezuela, lo prohíben, y otros, expresamente lo admiten, como el código de Suecia.

Ahora bien, ¿qué condiciones debe reunir el adoptante? Hay dos principios: primero se establece una diferencia de edad entre el adoptado y el adoptante y luego se fija para el adoptante un mínimo de edad. El concepto primero era que para ser adoptante se requiera tener una edad elevada, partiéndose del falso principio de que las personas jóvenes podrían no cuidar debidamente a los menores, cuando el principio inverso es el verdadero y es el que se conforma más hasta con las leyes biológicas. Las personas jóvenes son las que están en mejores condiciones de cuidar a los niños y en este sentido, es sensible que no haya prosperado el concepto que establecía en mi proyecto de ley, en el sentido de limitar la adopción cuando se llegara a cierta edad, porque si se quiere buscar un sustituto de los padres para el niño, es lógico que, pasada cierta edad, se esté más próximo a la muerte, y por lo tanto, la protección de los niños puede quedar en esa forma, ilusoria.

Con respecto a este asunto, debo hacer mención de la discusión que se planteó en la Cámara de Diputados referente a la interpretación de la ley. El señor diputado Conte Grand formuló una pregunta al miembro informante relacionada con la edad de los adoptantes cuando fueran ambos cónyuges y éste aclaró que la diferencia de edad que se establecía entre el adoptado y el adoptante tenía que regir para los dos cónyuges, es decir, que no era admisible que para un cónyuge hubiera una diferencia de edad establecida por la ley y para el otro no.

En el único caso en que se admite la adopción por parte de dos personas, es cuando los dos adoptantes son cónyuges. En mi proyecto establecía que, en estos casos, la adopción debe ser obligatoria para los dos cónyuges, pero este criterio no ha prevalecido en el proyecto en discusión, sino que, sencillamente, se debe pedir el consentimiento del otro cónyuge. En este sentido, es significativo que el Código Civil de Venezuela, en 1922, exigiera la adopción conjunta, pero este criterio fué dejado de lado en la reforma del mismo de 1942; y como hace notar el doctor Coll, en su libro sobre la adopción, este cambio de legislación es sintomático de que tal vez el primer criterio no fuera conveniente.

Otro concepto que establece el código es el de que el juez, que es el que en definitiva debe resolver sobre la adopción, debe oír al adoptado si fuera mayor de 10 años, porque es indiscutible que es muy importante conocer la propia opinión del niño cuando tiene discernimiento. En este caso, deseo recalcar la trascendencia

que tiene la decisión judicial, porque la ley no va a obrar mecánicamente, sino que el juez tiene por ella amplias atribuciones para resolver lo que más convenga al menor.

Ahora bien, ¿cuáles son los efectos de la adopción? La adopción crea un verdadero vínculo de familia; establece una relación de filiación legítima, de manera que el adoptado debe considerarse hijo legítimo del adoptante, para todos los efectos civiles. Por ello, como dije anteriormente, el adoptante tiene la patria potestad sobre el adoptado. Este debe llevar el nombre del adoptante, y lo hereda abintestato, pero a los efectos de establecer un principio de resguardo moral, la ley señala la prohibición de que el adoptante herede al adoptado abintestato, pero sí puede heredarlo por testamento.

Un asunto que entraña muchas dudas es el de si es conveniente establecer impedimentos matrimoniales derivados de la adopción. Realmente, esta cuestión es sumamente dudosa. En principio, no conviene fijar nuevos impedimentos al matrimonio, sobre todo si los mismos son dirimentes, como en mi concepto, resultan los que establece el artículo 17 del proyecto. Se arguye que no se debe ir contra la naturaleza y que puede ocurrir que dos niños adoptados —aunque de distinta sangre— viviendo en común, con el tiempo pudieran desear contraer matrimonio. Es claro que éste sería un caso excepcional. En general, los autores consideran que por razones de índole moral deben impedirse estos matrimonios, y con mayor razón el del adoptante con el adoptado y el de éste con los parientes más próximos del adoptante.

Según el proyecto, la adopción es revocable, de manera que no se ha admitido tampoco en esta materia el concepto que yo había propuesto sobre la irrevocabilidad de la adopción. Y tal vez en este caso sea mejor, porque en la hipótesis que planteaba con respecto a los impedimentos del matrimonio, siempre tendrían los interesados la manera de revocar la adopción cuando llegaran a la mayoría de edad, a los efectos de poder contraer matrimonio.

Otro punto es el relativo a las nulidades. Como todo acto jurídico, la adopción está sujeta a las nulidades que puedan viciarla, pero que se determinan expresamente en el artículo 20 del proyecto. Cualquier deficiencia o cualquier falsa declaración relacionada con la adopción puede provocar su nulidad. Y debo señalar especialmente esta circunstancia: que la existencia de hijos por parte del adoptante, a la fecha de la adopción, determinaría la nulidad de ésta. En la Cámara de Diputados se estableció expresamente que estaría prevista, entre las causas de nulidad relativa, la aparición de un hijo que hubiese nacido antes de la época de la adopción. Este es un principio que debe ser afirmado expresamente, porque como digo, la

adopción tiene por objeto también substituir la falta de descendencia, y en cuanto se probare que una persona ha adoptado a otra teniendo ya descendencia, esta adopción es considerada nula y, por lo tanto, sin ningún efecto.

El artículo 22 establece una disposición transitoria y que es muy necesaria puesto que hay muchas situaciones en nuestro país de niños y aun de personas mayores que han estado en condiciones de hijos en muchos hogares, a los cuales era necesario darles un *status* jurídico. Por eso la ley admite, hasta pasados tres años de su promulgación, que se puede solicitar la adopción de personas que sean mayores y aun de personas casadas, como dije anteriormente. En estos casos la ley tiene por objeto reconocer una situación jurídica.

Son éstos, brevemente expuestos, señor presidente, los fundamentos que da la comisión a este proyecto, que lo considera en los momentos actuales como una ley necesaria pero no definitiva en el sentido de que, como se están elaborando los proyectos de fondo, entre ellos el Código Civil, ellos han de recoger la experiencia que se desprenda de la aplicación de la ley de adopción y se podrán corregir entonces los errores que se encuentren.

Sr. Tascheret. — Pido la palabra.

En el mes de abril del corriente año, encontrándome en la ciudad de Córdoba, fui invitado por el doctor Elías Halac, profesor de puericultura de la Escuela de Obstetricia, a presenciar su clase inaugural. En ese entonces le escuché un concepto que considero interesante y que comparto en absoluto, por la circunstancia de que yo también he realizado, como médico, mis estudios, internado en el hospital de niños de la ciudad de Córdoba, donde tuve oportunidad de comprobar la importancia extraordinaria que tiene, desde el punto de vista médico, que de una vez por todas, es decir, definitivamente, se legisle sobre la adopción.

Los niños abandonados y los huérfanos constituyen un problema muy serio en los hospitales de niños, en las casas de expósitos de Buenos Aires, como en todos aquellos lugares o servicios de primera infancia que existen en la República. Decía entonces el doctor Halac que sería una aliada formidable para esta misión tan importante del médico una legislación que diera garantías para adoptar, y para el ulterior cuidado de los niños, tanto en su faz orgánica como moral.

Es realmente de importancia extraordinaria la situación de esos niños que desgraciadamente van a parar a los orfanatos, y las pocas personas caritativas que actualmente los cuidan, lo hacen con el temor de que en el día de mañana podrán verse obligadas a desprenderse de ellos.

Por eso es que quiero adherir, como médico, a la aprobación de esta ley, que ha de resultar de beneficio positivo para este aspecto a que hice referencia.

Antes de que se considere en particular este proyecto, me voy a referir a algunos conceptos que acaba de emitir el señor senador Ramella como miembro informante, y que se refieren al artículo 17, donde se habla de la limitación en cuanto al adoptante y adoptados para contraer matrimonio. Yo me refiero simplemente a esto, sin hacer ninguna moción concreta, y por ello trato el tema ahora, antes de que se considere en particular.

Mi pensamiento en este sentido es que bajo ningún aspecto pueden ponerse trabas al matrimonio entre el adoptante y el adoptado, o entre los adoptados entre sí, porque tan sólo la manifestación del deseo de contraer matrimonio ya releva de toda consideración moral al respecto. Por el contrario, la situación que establece esta ley puede permitir que se violen ciertas normas de moral y de bien, que el impedimento para contraer matrimonio puede mantener.

Sr. Tanco. — Pido la palabra.

Al tratarse este proyecto de adopción, no puedo menos que recordar las costumbres del Norte argentino, en donde esto era ya casi una ley. Ocurría con esto lo mismo que en Inglaterra, donde ciertas costumbres se convierten en leyes a través del tiempo, y al igual de lo que ocurrió con el oro, el cual sin que nadie haya legislado sobre él, se ha convertido en patrón monetario universal.

En las provincias del Norte argentino, desde los hogares más encumbrados hasta los más modestos seguían esta costumbre, tal vez más generalizada entre los modestos, quizá por aquello de que donde comen o se educan varios, puede comer y educarse uno más.

En el Norte el padrino era todo una institución. Sacar a un niño de pila significaba algo así como convertirse en un segundo padre, especialmente para los casos en que sus progenitores desaparecieran. Los hermanos de leche se consideraban con más vínculos aún que los hermanos de sangre, y así hemos visto convertirse a muchos adoptados en adoptantes, especialmente cuando desaparecían los padres de la familia. En el Norte, cuando se formaba un nuevo hogar, juntamente con los cónyuges marchaban todos los que con ellos se habían criado y se habían formado, al igual que describe Maeterlinck en su monumental obra llamada *La vida de las abejas*, cuando se forma una nueva colmena. Gracias a estas costumbres se formaron hombres que han tenido gran actuación en la vida nacional, en todos los órdenes, tanto en el civil como en el militar, y es frecuente oír citar el caso del doctor Vic-

torino de la Plaza, que llegó a ocupar el sillón de Rivadavia. Ignoro —porque nunca me he detenido a profundizar este caso— si es verdad o no y sentiría que ello no fuera verídico, porque siempre he admirado a este hombre al imaginarme los escollos y las dificultades que habrá tenido que vencer para llegar a tan alta posición pública.

No hace muchos días, en este mismo recinto hacía yo mención de lo que significaba un hogar de provincia. Allí se respiraba en una atmósfera de profunda fe cristiana, como se respira hoy; allí se prodigaba la caridad, la verdadera caridad, porque ella no es sólo repartir dinero sino que es algo más grande: es llevar al hogar desamparado amor y calor.

Acaban de hablar sobre la orfandad el señor miembro informante y el señor senador por San Juan, doctor Tascheret. Soy un convencido de que esta ley, más que a nadie, debe llegar hasta los huérfanos, porque la orfandad hay que haberla sentido para poderla definir. Es uno de esos complejos que pueden valorarse por sus efectos. La causa es difícil definirla. Ocurre en este caso lo que sucede con una máquina o con la electricidad: todo el mundo sabe lo que ellas significan, pero sólo pueden definirse por sus efectos. Y yo voy a procurar definir la orfandad tal como la concibo.

La orfandad es lo más triste que puede haber, es algo así como la aurora cuyo rosicler queda oculto por los negros nubarrones de la borrasca; es el nido desgajado de la rama y arrojado en medio del abismo o al borde del sendero; es el capullo de flor despiadadamente cortado del tallo que la ostentara; es algo más aún: es la furia del vendaval que derriba el árbol, dejando sin nido al tierno pájaro y sin sombra y sin techo al rancho de ese humilde hogar proletario.

Podría hacerse la comparación de que un huérfano es un naufrago prendido a una tabla que todo lo espera de la Divina Providencia, pero es mucho más todavía: es el niño expuesto a quedar sin ilustración para luchar con armas desiguales en la vida.

No hace mucho tiempo oí de labios del señor presidente de la Nación este lema: que las cosas deben hacerse de abajo hacia arriba. Nunca más aplicable este lema que en el caso que nos ocupa, porque un niño es una letra a tantos días de plazo que la sociedad ha de cobrar algún día. Es indudable que cuanto mayor sea su capital, mayor interés ha de percibir la sociedad.

En repetidas oportunidades hice notar que un niño, antes de venir a este mundo, es una riqueza vegetativa. Apenas llegado a él, y puesto en contacto con sus padres, sus maestros y la sociedad, va convirtiéndose poco a poco en un capital tanto mayor cuanto más esmero se haya puesto en su educación. Comprendo que vivimos en una hora de pleno materialismo que todo

lo invade; comprendo que en las grandes urbes hasta los mismos vecinos de departamento no se conocen y no les interesan los problemas de la comunidad.

Bendigo la hora en que el Poder Ejecutivo de la Nación y los legisladores de ambas Cámaras se han ocupado de este vital problema social —entre ellos figuran en esta Cámara los senadores Ramella y Gómez del Junco—, y no puedo menos que sumar mi aplauso a esta gran iniciativa.

Pido perdón a mis colegas por haberlos demorado unos minutos en esta exposición, porque siempre fui partidario del laconismo espartano y romano; siempre he admirado la frase de Catón el Censor, cuando, extrayendo de su manto de púrpura de cónsul romano los higos que producía Cartago, decidió ante el senado de su patria la ruina de Cartago; siempre he admirado la frase de Julio César cuando en la conquista de las Galias dijo: *Veni, vidi, vici*. Sobre eso se han escrito millares de libros para expresar lo que manifestó Julio César en tres palabras. Y soy un admirador de la frase del general Perón cuando dijo: «Mejor que decir es hacer.»

Sr. Presidente. — Si no se hace uso de la palabra, se va a votar el despacho de la comisión, en general.

—Se vota y resulta afirmativa.

Sr. Presidente. — Se va a votar en particular.

—Se lee y aprueba el artículo 1º.

—Se lee el artículo 2º.

Sr. Tanco. — Pido la palabra.

Propondría en este artículo 2º que, a continuación de las palabras «18 años», se agregase la palabra «soltero».

Sr. Ramella. — La observación que hace el señor senador es muy atinada, pero lamento en nombre de la comisión no aceptarla, no porque esté en desacuerdo con el concepto expresado, sino porque, como manifesté al informar el despacho de la comisión, está claro que de acuerdo con el contexto de la ley las personas casadas no pueden ser adoptadas, primero, porque de acuerdo con nuestra legislación, en realidad una persona casada deja de ser menor. Con respecto a las mujeres, todavía es más absoluto ese término, porque se entiende que, a raíz de la ley que les acordó los derechos civiles, la equiparación en mayoría es absoluta. Aparte de esto, el artículo 22 indica claramente que no se puede adoptar a las personas casadas, al aplicar esta ley, sino solamente para los casos ya existentes, es decir, para las personas que han estado bajo la guarda de otra y que posteriormente se han casado. Es en el único caso en que la ley admite la adopción de los casados.

Creo que estas explicaciones satisfarán al señor senador por Jujuy.

Sr. Tanco. — Muy bien, señor senador. Con esas aclaraciones me doy por satisfecho.

Sr. Amelotti. — Pido la palabra.

Refiriéndome al agregado que el señor senador por Jujuy proponía, yo deduzco del artículo 22, que aun en el caso en que una persona sea casada, puede ser adoptada, siempre que medie la conformidad por parte de su cónyuge. Eso lo dice con claridad el artículo 22, de modo tal que considero que no correspondería el agregado en el artículo que estamos considerando.

La indicación que yo deseaba formular era la siguiente: que se modifique el artículo y que, en lugar de decir «hasta 18 años» se fije la edad de 6 años. Voy a decir por qué, señor presidente.

Entiendo que un niño, hasta los seis años de edad, lleva una vida vegetativa, es decir, que no tiene el sentido, la noción de la responsabilidad ni la conciencia de las cosas y solamente está viviendo para alimentarse, jugar, etcétera. Eso no ocurre cuando este niño empieza ya a tener el sentido, la conciencia, diríamos, de sus actos, y como esta ley va a crear un vínculo que es artificial, mucho me temo, señor presidente, que en aquellos casos en que se adopte un niño que tenga ya esa edad y conserve algunos recuerdos afectivos, que podrían reflejarse posteriormente, posiblemente se destruya ese sentido afectivo, no solamente de la paternidad, sino también el filial.

Como esta ley contempla los casos excepcionales en que puede ser adoptada una persona en cualquier edad hasta la que acabamos de señalar, como el de un casado por un término de tres años, creo que ése es tiempo más que suficiente para que esa persona pueda ser adoptada y puedan regularizarse o solucionarse la multitud de situaciones que puedan haberse creado en esta forma también artificiosa.

Digo esto, señor presidente, porque considero que esta iniciativa, como bien se ha dicho, tiende a solucionar sobre todo la situación del niño huérfano y abandonado. Es verdad; hace falta esta legislación. Tenemos en nuestro país una cantidad enorme de niños para quienes, no obstante las distintas instituciones que se han creado para preservarlos, educarlos, moldearlos, como dijo el señor senador Tanco, en el sentido de la virtud, del honor, de la moral y de la conducta honrada, no se ha podido llenar ese objetivo en forma completa.

Aparte de esto, señor presidente, existe una cantidad de niños que por sus propios instintos, por la falta de cuidados, ya están formando parte de una gran legión de hombres con predisposición a la delincuencia, cosa que posiblemente nosotros no podremos conjurar.

Pero voy a fundar aun más el motivo y la razón de la observación que hago: desde el

punto de vista jurídico, podríamos decir así, el mismo Código Civil establece la diferencia entre el menor impúber y el menor adulto, dándoles algunos derechos y facultades en cuanto a la representación que podrían tener ante la justicia. Pero esta ley se anticipa aun más a eso, porque si el Código Civil establece que el niño es impúber hasta los 14 años y lo considera menor adulto después de esa edad, esta ley dice que el niño cuando ha cumplido los diez años debe ser oído para dar su conformidad.

Por estas razones, creo que para que nosotros podamos en nuestro país, por nuestras características, por nuestras necesidades y por nuestra modalidad, dar una ley que realmente contemple el verdadero sentido humano que debe llevar en sí, debemos limitar la edad establecida a fin de que ese vínculo artificioso, filial o paternal, que queremos crear a través de esta ley, tenga el contenido social y humano que nosotros propugnamos.

Por ello es que solicito al señor presidente de la comisión quiera aceptar la modificación que sugiero, en cuanto al límite de 18 años establecido por el proyecto, en razón, como digo, de que el artículo 22 fija el término de 3 años, posibilitando en ese lapso la adopción de todas las personas, cualquiera sea su edad o estado civil, a fin de que para lo sucesivo y después de esos tres años, solamente puedan ser adoptados los niños huérfanos o abandonados que no tengan más de seis años.

Sr. Ramella. — Pido la palabra.

Lamento no poder acceder nuevamente a la solicitud del señor senador, y en este caso, porque creo sinceramente que no tiene razón.

La comisión ha estudiado la legislación comparada, no para copiarla servilmente, porque creo que en esta materia debe hacerse una sanción original, pero debo señalar que no deja de ser sugestivo que en este aspecto ninguna ley establezca la adopción con un límite tan bajo de edad. La tendencia general, más vale se inclina a establecer la adopción hasta los 18 ó 22 años, y aun hasta para las personas mayores, porque no debemos perder de vista tampoco la realidad de las cosas. No veo por qué razón se va a privar de ese derecho a un niño de 11, 12 ó 15 años, que se encuentra en situación de ser adoptado. Por otra parte, la ley tiene que ser elástica. El juez contemplará las diversas circunstancias y es el que dirá en definitiva si conviene o no adoptar a un menor de 15 ó 16 años.

Por esos motivos, la comisión no puede aceptar la proposición del señor senador por Córdoba.

Sr. Figueiras. — Pido la palabra.

Voy a solicitar a mi estimado colega, el señor senador por Córdoba, que no insista en su proposición, por las razones que voy a formular.

La ley de adopción, a mi entender, y creo que es el criterio de la comisión, se justifica y va a tener aplicación en esos casos de cataclismo, como el que, desgraciadamente, asoló a San Juan. La mejor adopción que podríamos ofrecerle a un niño —que a los 18 años ya deja de serlo— es encontrarle trabajo y medios para que pueda ser útil a la patria y a la vez labrarse un porvenir. No concibo, y esto hablando como padre, que a los 18 años pueda adoptarse un niño y se le tome cariño así no más a quien no se ha conocido nunca. No es lo mismo un niño de corta edad, desamparado, que ha encontrado manos piadosas que le han brindado un refugio. Repito que a los 20 años la mejor adopción es brindarle fuentes de trabajo para que sea útil a los demás y a la vez labore su propio porvenir. Esa es la mejor adopción y eso es lo que está haciendo el gobierno de la Nación llevando el progreso a todos los ámbitos de la República.

Es bastante amplio, como lo dice el señor miembro informante, el proyecto que consideramos: hasta 18 años los varones y 22 las mujeres, de acuerdo con la ley.

Por otra parte, creo que aunque lo establezcamos en la ley, no tendría aplicación práctica, porque a esa edad el menor ya está formado, como dice el señor senador Amelotti, por su costumbre, por su ambiente, y difícilmente se aficiona o se amolda a un ambiente que no ha conocido.

Por esa razón creo que somos bastante amplios y vamos a hacer una prueba que ojalá dé los resultados que todos buscamos, pero no la llevemos hasta el extremo porque no va a tener ninguna aplicación. Por eso pido al señor senador por Córdoba —que lo sé ecuaníme— que no insista en su indicación.

Sr. Tascheret. — Pido la palabra.

Voy a decir pocas, en sentido favorable al mantenimiento, por parte de la comisión, del artículo tal como está.

En primer lugar, me sorprende un poco, en mi condición de médico, la teoría del señor senador Amelotti de que el afecto es exclusivo de los niños hasta los seis años...

Sr. Amelotti. — No he dicho eso, señor senador.

Sr. Tascheret. — ...porque tengo un criterio totalmente distinto. El afecto, por el contrario, aumenta a medida que se van desarrollando las condiciones intelectuales del ser humano.

Además, hay varios motivos de adopción, como bien han dicho los señores senadores Ramella y Figueiras. Hay un motivo, como dije al principio, de orden médico. Piensen los señores senadores en la importancia extraordinaria que tiene el hecho de que al niño lo pueda cuidar una persona grande que le tenga afecto y cariño, no sólo en el aspecto de la salud, sino también en el de la moral, la educación y la instrucción, como así para satisfacer el deseo de sentirse padre.

Otra razón es el deseo de algunas personas de vivir en compañía; hay quienes desean adoptar un niño, no solamente para cuidarlo, sino para instruirlo, educarlo, y dar parte de lo que uno es a otro ser.

Hay una serie de razones, que si fuéramos a considerarlas todas nos llevarían mucho tiempo.

La comisión ha considerado muy bien este asunto, que, como debe recordar el señor senador Amelotti, fué tratado en varias oportunidades, dándose argumentos muy convincentes, por lo menos para mí.

Por eso, quería pronunciar estas palabras, para que la comisión refirme su concepto y mantenga el artículo tal como está.

Sr. Durand. — Pido la palabra.

Yo también voy a pedir a mi distinguido colega, el señor senador por Córdoba, que retire su moción por cuanto se trata de una ley muy humanitaria, muy revolucionaria, y necesitamos darle sanción definitiva. Si esa ley volviese a la Cámara de origen, observada, tengo la certeza de que no habrá tiempo para que la Cámara joven la trate nuevamente, y nos quedaremos sin la ley.

Es una ley que beneficia principalmente a los pobres, es una ley humana y razonable. En lo que se refiere a la cuestión de la edad, debemos tener presente que el dominio del sistema nervioso generalmente no se adquiere antes de los seis años; la educación debe comenzar antes de esa edad, desde el día del nacimiento. Esa es la realidad. Para eso no hay fecha ni edad.

De manera que, por las razones que acabo de exponer, insisto nuevamente en pedir al señor senador Amelotti que retire su moción, para no correr el riesgo de que nos quedemos sin ley, por falta de tiempo para su revisión.

Si más tarde se notase algún defecto en el articulado, habría tiempo para enmendarlo, de acuerdo a deficiencias que pudieran comprobarse.

Sr. Gómez del Junco. — Pido la palabra.

Con referencia a este asunto de la creación de la institución de la adopción, quiero hacer presente que he sido autor de un proyecto con una teoría propia y una orientación revolucionaria.

Según mi proyecto, la adopción debía servir para satisfacer el instinto paternal que aquellas personas que no tuvieron la dicha de tener un hijo en su matrimonio.

El proyecto de ley sancionado por la Cámara de Diputados contiene una teoría ecléctica. Los teóricos deben inclinarse ante la realidad que vive el país. Es menester legalizar la situación de millares de niños que necesitan padres.

En mi proyecto planteaba una situación análoga a la que ha traído a este recinto mi colega de representación, el señor senador Amelotti.

Entiendo que el niño, al ser adoptado, debe tener una edad inferior a la de 5 años, a fin de que desde la primera infancia él también

pueda crear un instinto filial hacia sus padres adoptivos.

Si el niño no es cuidado con instinto paternal en las distintas etapas de su crianza, no ha de desarrollarse el instinto filial que se va cimentando hasta la edad de 7 años, época en que el sistema nervioso del niño adquiere su máximo desarrollo material, es decir, histológico. Al mismo tiempo, la satisfacción de los menores deseos de esos niños va creando en los padres un espíritu paternal.

Decía Jesucristo: «Dejad que los niños se acerquen a mí.» En la misma forma, los jesuitas, sabiamente, expresaban: «Dejad que eduquemos a los niños hasta los siete años», y luego los entregaban a otra orientación.

Por su parte, el Estado ruso educa a los niños hasta la edad de 7 años. Y ello tiene su explicación. La educación que se imparte al niño hasta la edad de 7 años ha de mantenerse con el correr de los años. Después de esa edad, los niños pueden adquirir los conocimientos más diversos, pues, como decía, a los 7 años llega a su máximo desarrollo la evolución de su sistema nervioso. Sabido es que después de la menopausia en la mujer o a la edad senil en el hombre, tanto uno como otro, lo que más recuerdan son aquellos hechos que han ocurrido y fijado en su primera infancia, antes de los siete años. Así tenemos hombres que han sido educados en una orientación netamente católica o una filosofía determinada, que después, cuando tienen uso de razón, usan de ella y se orientan de acuerdo a sus sentimientos y educación, pero cuando llegan a las postrimerías de su vida, vuelven a recapacitar y pensar como pensaban antes de los siete años, cuando recibieron su primera educación. Más de un hombre ha dicho: ¿Por qué Juan, que ha renegado de la religión durante toda su vida, hoy, en los últimos años, llama al confesor? Es, señor presidente, aquella idea de religión, aquella idea primitiva que se le inculcó cuando niño, antes de los siete años, cuando su sistema nervioso era virgen y se grabó definitivamente su ideología.

En ese mismo orden, señor presidente, se ubican las ideas y orientaciones, ya sean religiosas, políticas, filosóficas, económicas o de cualquier orden. No obstante esto, señor presidente, yo creo que dado que hay un sin número de niños que necesitan de una solución material y efectiva, hace falta que nos alejemos un poco de la teoría y vayamos a la realidad, a lo práctico. En nuestro país hay muchísimos niños que están esperando de esta ley de adopción, que va a ir a protegerlos definitivamente, a consagrarlos como hijos de familia, para que reciban un apellido estable y con ello una esperanza más, esperanza quizá de alimentar a sus protectores de hoy o a recibir algo de ellos. Es por eso que la teoría que yo sostengo, que

es filosófica y fisiológica a la vez, la dejo de lado para que vayamos a lo práctico: es menester, señor presidente, que la ley como viene de Diputados, no sólo en cuanto a la edad, sino también en otros aspectos que más adelante vamos a ir considerando, tenemos que aceptarla, no con el ánimo de claudicar, pero sí con el de tolerar, a fin de que los niños que esperan los beneficios de esta ley y los padres que también la esperan, tengan cuanto antes lo que ellos ansían. Por estas razones solicito a mi distinguido colega, el señor senador por Córdoba, que acepte mi pedido.

Sr. Amelotti. — Pido la palabra.

Ya se han puesto de manifiesto las opiniones de los señores senadores y, no obstante que sigo pensando y sosteniendo el mismo concepto, voy a retirar mi moción con la esperanza de que alguna vez, al reverse esta ley, quizá mis palabras sean un argumento suficientemente poderoso para una reforma justa, atendiendo a la finalidad que nos proponemos.

Sr. Durand. — Pido la palabra.

Quiero decir pocas solamente.

Hace un momento dije que la educación de los niños debía iniciarse desde el primer día de su nacimiento. ¿Por qué dije eso? ¿Qué somos los seres humanos? Somos, señor presidente, un conjunto de mecanismos ligados por leyes de herencia. Nuestros actos en ningún momento de la vida, en ninguna edad, gozan de total libertad volitiva. Muchos de nuestros actos son determinados desde los siete años hasta que uno muere, y la prueba de ello es que todos los que estamos aquí, ¿cuántas veces habremos levantado los brazos al cielo y protestado por haber cometido actos que no queremos realizar? ¿Cuántas veces nos hemos reprochado la ofensa a un amigo que no hemos pensado ofender o herir en su susceptibilidad? A veces nos ha sucedido esto en los negocios, en la política, en el amor, en el juego, en todo, señor presidente. Ese es el impulso que viene de nuestros antecesores. Pero esa herencia se corrige por el medio, el ambiente en que se actúa y el ejemplo que se da y se recibe. Sin la menor duda, el hijo de un alcoholista, si se educa en un ambiente de cantina, como muchas veces pasa en el interior, es posible que influya la herencia de los padres; pero si son niñas que se educan en el sagrario del hogar, probablemente serían distinguidas damas. No existe, como digo, la total libertad volitiva; algunos de nuestros actos son determinados por herencia. Por eso hacemos muchas veces lo que no queremos hacer, y por eso la educación debe principiar desde el día en que se nace, señor senador, y no se puede fijar un límite de edad tan corto como el que quería fijar el señor senador. Podría extenderme sobre esto mucho más, pero quiero terminar.

Sr. Presidente. — Tiene la palabra el señor senador por San Juan.

Sr. Tascheret. — No he de usar de la palabra, señor presidente, teniendo en cuenta que el señor senador por Córdoba ha retirado la moción.

Sr. Presidente. — Efectivamente, no hay nada en discusión.

Sr. Figueiras. — Yo quiero hacer una aclaración que creo indispensable, señor presidente.

Yo he participado en el bloque, cuando se discutía esta ley, y me parece que en el ánimo de la comisión no estaba el que la ley iba a tener como fin dar una satisfacción a los que no han tenido la dicha de tener hijos. Si así fuera, yo aconsejaría a los que han tenido esa mala suerte, si van a tomar a un desheredado con tal propósito, mejor sería que compraran una muñeca o un malcriado. Esta es una ley humana, y deben ellos tomar al desamparado para ayudarlo, para corregirlo, y a la vez, para compañía, pero si solamente ha de ser tomado para lo que dijo el señor senador por Córdoba, para eso hay muñecas grandes en los escaparates que van a cumplir esa misma misión. El criterio de la comisión es que la adopción se realiza por un acto de humanidad, de solidaridad social, de protección a la niñez, y en esa inteligencia voy a votar esta ley.

— Ocupa la Presidencia el presidente provisional del Honorable Senado, contraalmirante (R.) don Alberto Teisaire.

Sr. Ramella. — Pido la palabra.

Como miembro informante, me interesa aclarar las manifestaciones del señor senador por Santa Fe. Personalmente estoy en completa disidencia con el señor senador por Córdoba en cuanto al fundamento de la adopción, tanto que en el proyecto que he presentado he dicho que la adopción debe tener por finalidad exclusiva proteger a los menores huérfanos y abandonados. Pero estrictamente, como lo dije en los fundamentos del despacho, distintas teorías pueden expresarse con respecto a este punto, pero no hacen a la ley misma, porque la finalidad de la ley va a resultar de su aplicación y no de las teorías que expongamos en este momento sobre los fundamentos teóricos de la adopción. Dije también al principio que habíamos cedido cada uno de nosotros en ciertos aspectos, y en ciertas maneras de considerar este problema, para que la ley surgiera, porque hay miles de formas para dictar una ley de adopción. El fundamento y la finalidad de la ley en mi concepto ha de ser la protección de la niñez. El fundamento que da el señor senador por Córdoba es una teoría muy atendible, pero que en mi concepto es errónea, y será, como se dice, el fin secundario de la ley, y no el primario. Pero eso no hace a la ley misma, porque la finalidad va a resultar de su propia aplicación.

Es una discusión teórica interesante la nuestra, pero que me parece que no viene al caso.

Sr. Presidente (Teisaire). — Quisiera hacer presente a los señores senadores que no hay nada en discusión.

Sr. Gómez del Junco. — Es que es necesario aclarar.

Sres. Tascheret y Durand. — Que se vote.

Sr. Gómez del Junco. — Pido la palabra.

Es menester aclarar, porque son varias las teorías que fundamentan esta ley, que por tolerancia hemos aceptado en la comisión esta conjunción de teorías que es la que lleva el proyecto en discusión, pero en realidad, la ley debería llevar una sola teoría: o la de la caridad, como base para proteger al individuo, teoría que ya ha pasado porque estamos en una época revolucionaria donde el ser humano es considerado como tal y no sigue siendo como el perro miserable que se agrega a la familia; o si no la teoría real, la teoría fisiológica, la verdadera, aquella que va a saciar la necesidad biológica de un hogar que ha sido negada por errores de la naturaleza o factores extraños o diversos a los seres que lo constituyen.

No podemos seguir con la vieja teoría de la caridad. La caridad en este momento ha pasado a la historia en nuestra época revolucionaria. Hoy la adopción se acepta o porque un hijo necesita de un padre que lo proteja o porque un padre necesita un hijo para tenerlo como tal, darle su apellido y su fortuna, si la tiene. Esta es la revolución peronista. No se trata del mendrugo que se daba al perro que se allegaba a la estancia o del niño a quien se lo llevaba porque había quedado huérfano y se lo agregaba al hogar por caridad, o a quien se lo entregaba a un asilo para protegerlo.

Es necesario que se sepa bien claro que la ley de adopción es revolucionaria, para un hijo que necesite un padre y para un padre que necesite un hijo; donde todos son iguales: de padre a hijo y de hijo a padre. Las obligaciones son recíprocas: el padre da su apellido y su fortuna y el hijo le dará su amor para que lo sostenga en el futuro. Ese es el porvenir y es lo que se propone la ley revolucionaria que hoy votamos. Es, además, el concepto que llevaba mi teoría. Por distintos factores me han llevado a otro terreno, pero no es la teoría eclesiástica y dogmática de la caridad. Eso ha pasado a la historia, porque todos los seres humanos en esta revolución son iguales.

Sr. Ramella. — La caridad no ha pasado a la historia, señor senador.

Sr. Bavio. — Con toda la consideración que me merece el señor senador, debo manifestarle que no podemos decir que la caridad ha pasado a la historia, porque es un sentimiento humano, que no podrá desaparecer mientras existan hombres en el mundo. Podrá haber protección y

legislación social, pero el sentimiento de la caridad, innato en el hombre civilizado, no puede pasar a la historia, señor senador.

Sr. Gómez del Junco. — No le llamemos más caridad, llamémosle lo que debe ser: solidaridad. El hombre no debe vivir más de la limosna como ha vivido en el pasado.

Sr. Bavio. — Son conceptos distintos, señor senador.

Sr. Gómez del Junco. — Son dos épocas: la una que se va y la otra que viene. Es la época que he soñado en mi juventud, y que hoy estoy aplicando en este Senado y que creo es la que nos va a orientar en el futuro. No es posible que se diga: voy a adoptar a Fulano por caridad, para después tenerlo como sirviente y no como hijo legítimo. La ley es terminante: el niño que va a ser adoptado, lo será como hijo legítimo de ese hogar y no como el sirviente que estábamos acostumbrados a ver agregado a las familias del pasado. Ese es el verdadero sentido de la ley. Si así no lo fuera, yo no puedo creer tampoco que los sentimientos sean tan poco revolucionarios. Así es, señor presidente. Por consiguiente, disiento en esto. Lo he aceptado solamente como transacción, en este problema de la adopción, y nada más que porque sé que hay más de cien mil niños argentinos que están necesitando de esta ley para regularizar su situación, y para pasar de ser niños agregados a las familias y recogidos por caridad, a ser efectivamente hijos legítimos de un hogar en donde se les dé apellido, fortuna, etcétera.

Sr. Tascheret. — ¿Y qué va a hacer el señor senador con los niños mayores de seis años, huérfanos o abandonados?

Sr. Gómez del Junco. — Van a ser hijos legítimos del hogar que los adopte, señor senador.

Sr. Tascheret. — Me refiero a los mayores de seis años.

Sr. Gómez del Junco. — Sí, señor senador.

Y aun más. El artículo 22 dice en forma terminante que «por tres años», es decir, por un plazo determinado, hasta los hombres que ya han contraído matrimonio y son mayores de edad, pueden ser adoptados, para que se les dé un legítimo apellido en el hogar donde se han criado y educado. Eso es lo que quedará al margen de la ley. Dejarán de ser agregados a los hogares para ser hijos legítimos. Ese es el objeto de la ley.

Sr. Presidente (Teisaire). — Se va a votar el artículo 2º.

—Se vota y resulta afirmativa.

—Sin observación se lee y aprueba el artículo 3º.

—Se lee el artículo 4º.

Sr. Tascheret. — Pido la palabra.

Después de las manifestaciones de mi distinguido colega, el doctor Gómez del Junco, noto

que hay ciertos conceptos que evidentemente no se pueden dejar pasar, sobre todo cuando se está considerando esta ley, en cuyo artículo 4º se dice que no podrá adoptarse más de un menor de cada sexo por persona o matrimonio. Es decir que el concepto de padre a hijo a que se refería el señor senador, evidentemente aquí, en el artículo 4º, está claro. No solamente puede adoptar un matrimonio, sino también una persona soltera.

Cuando el doctor Gómez del Junco habló por primera vez, yo le vi la pata a la sota, como vulgarmente se dice. (Risas).

El proyecto del señor senador por Córdoba está basado, y de ahí viene el error, en los conceptos filial y paternal.

Sr. Gómez del Junco. — Si me permite, señor senador, ¿cuál sería el error?

Sr. Tascheret. — Ya termino, señor senador. El señor senador considera la ley de adopción únicamente desde ese punto de vista...

Sr. Gómez del Junco. — El biológico.

Sr. Tascheret. — Pero yo voy a rebatir algunos conceptos, porque él lo llama revolucionario. Me imagino que quiere decir revolucionario peronista. Aquí todos somos revolucionarios y peronistas. En primer lugar, el proyecto está despachado por la mayoría de los senadores revolucionarios y peronistas. El señor senador se ha referido a la forma como la infancia es considerada en Rusia. Yo, señor presidente, soy contrario, absolutamente contrario a cómo se considera la infancia en Rusia. Admito por el momento el concepto del señor senador de que la adopción sea solamente hasta los seis años, pero los mayores de seis años, esos niños que quedan principalmente en los orfanatos, abandonados, o que los tiene cualquier persona por caridad, ¿es mejor, me pregunto yo, que queden a cargo del Estado, en cuyos establecimientos desempeñan funciones personas a sueldo y en forma mecánica, o es mejor que con el sentido de la caridad cristiana de la familia que nosotros tenemos ellos encuentren el hogar de una familia que los pueda cuidar personalmente?

Como médico y como hombre, considero mejor lo que esta ley prescribe y no que los niños sigan en los orfanatos del Estado.

Hace poco he visto un film que seguramente también los señores senadores conocerán, que se refiere a este problema tremendamente desgraciado, desde el punto de vista orgánico y moral de los niños.

Esta ley va a hacer un grandísimo bien al país y a nuestra juventud. Ella tiene en cuenta el principio a que se refirió el señor senador Gómez del Junco, pero tiene también el otro aspecto ampliamente humano y generoso, y no como excepción a lo que sostiene el señor senador, sino incluyéndolos y contemplando los aspectos de la caridad cristiana, que seguramente

el señor senador acepta y que algún defecto de expresión no le ha permitido consignar con claridad. Pero esos conceptos no pueden quedar sin la debida contestación en este recinto, en que todos los senadores somos revolucionarios peronistas con un profundo sentido cristiano, humano, de la caridad, como bien lo ha expresado el señor senador Bavio.

Sr. Presidente (Teisaire). — Deseo hacer presente a los señores senadores que no está en discusión la ley en general, sino el artículo 4º.

Sr. Saadi. — Pido la palabra.

Esta ley ya fué tratada en general, y ahora estamos en la consideración en particular. No es posible reabrir el debate en general.

El bloque peronista ha resuelto votar la ley tal cual lo aconseja el despacho de la comisión. Indiscutiblemente, todos los señores senadores han intervenido en la facción de ese despacho con algunas opiniones que no concuerdan con el mismo; tal, por ejemplo, la del propio senador que habla. Pero como por mayoría el bloque ha resuelto sancionarla tal cual vino de la Cámara de Diputados, creo que debe continuar su consideración, con todas las aclaraciones que se deseen hacer al tratar los artículos.

Sr. Gómez del Junco. — Pido la palabra.

Señor presidente: es necesario que en este Honorable Senado de la Nación quede bien determinado cuál es el propósito de la ley, sea en el artículo 4º, 5º, 7º, 20 ó 22, pero es menester que se sepa que el propósito de la ley, señor presidente, no es el de caridad, es el de solidaridad humana, es el de protección del padre al hijo y del hijo al padre, que ése es el propósito revolucionario. Lo de la caridad pasó a la historia. Hoy podemos hacer caridad con los perros pero no con los seres humanos.

Sr. Bavio. — No; absolutamente en desacuerdo, señor senador.

Sr. Gómez del Junco. — Es un dogma.

Sr. Ramella. — Pido la palabra, señor presidente.

Sr. Gómez del Junco. — Ya los señores senadores aclararán. Estoy en el uso de la palabra.

Sr. Bavio. — En profunda desidencia, señor senador.

Sr. Gómez del Junco. — Muy bien; son dos épocas, y yo soy de este siglo y revolucionario de convicción, y como médico y como hombre de trabajo estoy educado en el sufrir de las masas trabajadoras. He visto lo qué es sufrir, y he visto cómo se invocaba la caridad, señor presidente, con un propósito muy loable, que tuvo su época, a la que respeto también, pero que vamos dejando atrás, paso a paso.

La solidaridad humana hace que ya la caridad se deje a un lado. Esta ley, señor presidente, lleva el propósito sano y plausible de una nueva era: el hijo que necesita un padre lo tiene de acuerdo con la ley, y el hombre que necesita saciar su sed de paternidad puede tener un hijo

y darle su nombre y también su fortuna. Esa es la posición de la ley y bajo ese concepto la voto tal como viene de la Cámara de Diputados. Otro no puede ser el concepto, en mi manera de sentir, por más disidencia que encuentre en mis compañeros de banca.

Sr. Presidente (Teisaire). — Tiene la palabra el señor senador por San Juan.

Sr. Ramella. — No deseo reabrir el debate, porque como lo ha señalado el señor senador por Catamarca, estamos en la consideración en particular, pero quiero dejar sentado que las opiniones del señor senador por Córdoba son estrictamente personales.

Sr. Gómez del Junco. — Personales de acuerdo con mi teoría, señor presidente.

Sr. Ramella. — Muy respetables, desde luego, pero no las del despacho de la comisión, ni de la comisión misma, ni creo tampoco del Honorable Senado.

Y con respecto al concepto de la caridad, me parece que el señor senador incurre en un pequeño error de concepto, por no llamarlo grande. El señor senador confunde la caridad con la limosna. El concepto cristiano de la caridad no es el de limosna, sino amor al prójimo.

Sr. Gómez del Junco. — Es la misma cosa, es cuestión de términos.

Sr. Ramella. — No, señor senador; porque el concepto verdadero de la caridad es amor al prójimo y toda esta ley casualmente inspira amor al prójimo y con esta ley no estamos desterrando el concepto de la caridad, cuando es precisamente lo contrario.

Sr. Presidente (Teisaire). — Si no se hace uso de la palabra, se va a votar el artículo 4º.

—Se vota y resulta afirmativa.

—Se leen y aprueban, sin observación, los artículos 5º a 8º.

—Se lee el artículo 9º.

Sr. Ramella. — Pido la palabra.

Vuelvo a recalcar este concepto, porque creo que no se hará nunca lo bastante: que ésta no es una ley mecánica, sino que el juez debe tener amplitud de criterio para resolver si la adopción conviene o no conviene.

Sr. Presidente (Teisaire). — Queda aprobado el artículo 9º.

—Se lee y aprueba, sin observación, el artículo 10.

—Se lee el artículo 11.

Sr. Tanco. — Pido la palabra.

A pesar de lo que se ha dicho sobre las modificaciones a esta ley, deseo hacer alguna aclaración con respecto al artículo 11. Había pedido en otra oportunidad que se suprima, porque el adoptado necesita la protección del adoptante, y si éste fallece antes de terminado el juicio, ¿qué beneficio puede tener el adoptado? Por otro lado, ya hice notar en la comisión que esto

podría dar lugar, desde el momento en que hay adopción a posteriori, a innumerables pleitos como los que se presentan con los hijos naturales. Los «aves negras» —y perdonen el término tan fuerte— ya se encargarán de buscarle adoptados a cualquier sucesión, y con la dificultad de que con respecto a los hijos naturales hay la prueba —aunque no es precisa— de la sangre, pero en este caso no habría ningún recurso.

No insisto más sobre este particular, después de lo que se ha dicho sobre la falta de tiempo de la otra Cámara para rever esta ley, pero quiero dejar constancia de esa dificultad.

Sr. Presidente (Teisaire). — Queda aprobado el artículo 11.

—Se lee el artículo 12.

Sr. Gómez del Junco. — Pido la palabra.

Es en este artículo donde debemos dejar bien sentado que el hijo adoptivo es un hijo legítimo, y no un hijo de la caridad.

Pido al señor secretario quiera dar lectura de la definición que da el diccionario sobre la palabra «caridad», para que quede bien sentado el principio de que no es limosna lo que queremos dar con esta ley, sino un padre para un hijo y un hijo para un padre.

Sr. Ramella. — Una cosa no se opone a la otra.

Sr. Secretario (Reales). — (*Leyendo*): «Caridad. Virtud teologal que consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Virtud cristiana opuesta a la envidia. Limosna, socorro, auxilio al necesitado.»

Sr. Gómez del Junco. — No es limosna lo que quiere dar la ley, repito, sino un padre para un hijo y un hijo para un padre.

Sr. Presidente (Teisaire). — Queda aprobado el artículo 12.

—Se leen y aprueban los artículos 13, 14, 15 y 16.

—Se lee el artículo 17.

Sr. Tanco. — Pido la palabra.

El inciso c) del artículo 17 establece que no pueden contraer matrimonio los hijos adoptivos del mismo adoptante entre sí.

Yo no veo que pueda existir ninguna dificultad en que adoptados de un mismo adoptante puedan contraer vínculo matrimonial entre sí, sobre todo cuando se trata de personas que se conocen y que han habitado en un mismo hogar.

En mi provincia he visto realizarse esto con cierta frecuencia, sin que ello haya constituido un acto inmoral. Es más, señor presidente. Si pueden contraer matrimonio entre sí primos hermanos, que están ligados por un vínculo sanguíneo, ¿por qué no podrán hacerlo dos personas que no tienen ese vínculo?

Sr. Figueiras. — Si se quieren casar, con ley o sin ley lo mismo se van a casar. (*Risas*.)

Sr. Gómez del Junco. — Le he de contestar al señor senador por Jujuy.

Le recuerdo que la ley dice expresamente que debe adoptarse un solo niño o varios en el mismo acto; vale decir, que si se trata de varios niños, tendrán que ser hermanos, provenientes todos ellos de un mismo hogar, que han quedado sin padres.

Sr. Bavio. — La ley no dice eso, señor senador.

Sr. Gómez del Junco. — El señor senador no va a adoptar en un mismo acto a cien niños distintos: se supone que se trata de niños provenientes de un mismo hogar.

Ahora bien; si se trata de niños que vienen de distintos hogares y que son adoptados en un mismo acto, qué ocurriría? Desde el momento que el padre adoptivo les ha de dar su propio apellido, los va a educar en su hogar, son hermanos de crianza, y si está prohibido por la ley casarse entre hermanos, tampoco estos hermanos adoptivos podrán hacerlo, porque sería un poco...

Sr. Bavio. — Un poco fuerte, señor senador. (Risas.)

Sr. Gómez del Junco. — Así es, señor senador. Ese acto iría contra la moral.

Si en ese hogar existen varios niños provenientes de distintos hogares, que se han criado juntos y llevan el mismo apellido, si dos de ellos desean contraer matrimonio entre sí, la ley les permite, llegados a la mayoría de edad, que uno de ellos renuncie al apellido, pudiendo así contraer matrimonio. De ese modo elegante y también legal quedaría solucionada la situación que plantea el señor senador por Jujuy.

Si dos personas adoptadas en un mismo hogar desean contraer matrimonio entre sí antes de llegar a la mayoría de edad, por ese solo hecho no dejaremos de sancionar esta ley, que ha de beneficiar a tanta gente.

Sr. Tanco. — Entonces vamos a tener varios casos de Romeo y Julieta, que han de llegar al suicidio. (Risas.)

Sr. Gómez del Junco. — Es preferible que se suiciden antes de que se casen entre hermanos.

Sr. Presidente (Teisairé). — Si no se hace uso de la palabra, se va a votar el artículo 17.

—Se vota y resulta afirmativa.

—Sin observación se votan y aprueban los restantes artículos del proyecto.

Sr. Presidente (Teisairé). — Queda convertido en ley.

30

CONSTRUCCION DE OBRAS BASICAS EN LA RUTA Nº 34

—Se lee:

Despacho de comisión

Honorable Senado:

Vuestras comisiones de Obras Públicas y de Presupuesto, Hacienda y Finanzas, han conside-

rado el proyecto de ley de los señores senadores Tanco y Avendaño sobre construcción de un puente sobre el río Sora y de mejorados en caminos en la provincia de Jujuy; y, por las razones que dará el miembro informante, os aconseja su sanción en la forma del siguiente

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — Autorízase al Poder Ejecutivo para invertir hasta la cantidad de \$ 3.000.000 en la construcción de las obras básicas y enripiado de la ruta Nº 34. Tramo: río Sora - río de las Piedras.

Art. 2º — Queda autorizado el Poder Ejecutivo para emitir títulos en la cantidad necesaria para cubrir la cantidad autorizada en el artículo anterior. Los servicios de estos títulos se harán con fondos de la ley de vialidad 11.658 y su complementaria.

Art. 3º — Comuníquese al Poder Ejecutivo. Sala de las comisiones, 31 de agosto de 1943.

Arcadio B. Avendaño. — Alberto Durand. — Samuel Gómez Henríquez. — Felipe Gómez del Junco. — Vicente Leonides Saadi. — Pablo A. Ramella. — Demetrio Figueiras. — Luis Cruz. — Gilberto Sosa Loyola. — Alfredo Busquet. — Juan Carlos Basaldúa. — Oscar Taschereau. — Miguel A. Tanco. — César Vallejo. — Justiniano de la Zorda.

ANTECEDENTE

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — Autorízase al Poder Ejecutivo a invertir por intermedio de la Administración General de Vialidad Nacional hasta la cantidad de tres millones quinientos mil pesos moneda nacional (\$ 3.500.000) para las siguientes obras a ejecutarse en la provincia de Jujuy:

- I) La realización de los estudios y construcción de un puente carretero sobre el río Sora, que deberá levantarse en el camino que va desde Ledesma hasta Yuto \$ 2.000.000
- II) Las construcciones de mejorado con tratamiento asfáltico de los caminos:
 - a) Que partiendo de la ciudad de Jujuy llega al dique La Ciénaga pasando por El Carmen \$ 400.000
 - b) El que une las ciudades de Jujuy y Ledesma, pasando por La Mendieta y San Pedro , 1.100.000

Art. 2º — Incorpórase este crédito al régimen de las leyes 12.576 y 12.815, quedando autorizado el Poder Ejecutivo para ampliar la emisión de títulos